MISIÓN SOCIAL DE LA MUJER

POR CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

Conferencia pronunciada en la Sociedad "El Sitio", de Bilbao, el 18 de febrero de 1911

Señoras, señores:

Si alguna vez he lamentado no poseer la elocuencia y la sabiduría es en los actuales momentos... y no ciertamente por mí, que son dos excelsos dones que no desearía nunca, convencida de que aportan mayor suma de infelicidad al que los posee, sino para no defraudar las esperanzas que la imaginación os haya podido hacer concebir.

Conozco mi insuficiencia para la misión que me habéis confiado. ¿Por qué acepté entonces?, me preguntaréis con razón. Voy a adelantarme a responderos: Primeramente por algo que está unido a mi naturaleza. Entre las muchas divisiones, empíricas todas, que se hacen de la humanidad yo establezco también la mía: en seres reconcentrados, que miran sólo a sus propios intereses y seres que se exteriorizan; que se vierten en el trato social, que están prontos a servir a todos, a complacer a todos, a no negar jamás el concurso que de ellos se reclame. Pertenezco a los últimos y esto era bastante para no negarme al honroso llamamiento de esta Sociedad, una de las más prestigiosas de España, en cuya tribuna me han precedido tantos oradores ilustres, que no me atrevo a nombrar por no empequeñecer más el momento presente.

Pero había una razón de más fuste y peso. El verme aquí entre vosotros no es sólo un honor para mí, sino un triunfo inmenso para la causa femenina: yo, de cierta manera en estos momentos no soy yo, y perdonad la paradoja. No me habéis traído aquí ni por la influencia de un nombre heredado, ni por mi posición, ni por mi cargo oficial. He escalado esta tribuna como la del Paraninfo de la Universidad de Madrid, la de la Asociación de la Prensa en Roma y la popular Lonja valenciana, con la escala maravillosa de un trabajo continuo y perseverante.

Vuestra invitación significa que podéis traer a la tribuna a las mujeres que trabajan. Pensé que el ejemplo podía ser útil a la causa femenina y me atreví a dejar la soledad de mi gabinete, la confidencia de mis cuartillas, para venir adonde me requiráis.

No tengo condiciones de dómine y sé que nada nuevo puedo enseñaros, pues la fama de cultura de las señoras de Bilbao es bien notoria... No sabré tampoco hace-

ros reír, y a veces la risa es el gesto que evita el bostezo del cansancio... Me anima sólo el pensamiento de que los ideales que aquí alientan son los mismos a que he consagrado mi vida. Me lo dice el reciente paso de Lerroux y Dicenta por este mismo lugar; me lo dice vuestra historia gloriosa, vuestro abolengo liberal; toda vuestra labor de cultura, de amplitud de miras, de ansias de progreso... De otro modo no me hubiera atrevido a venir. Cuando alguna vez, en las ásperas censuras que hemos de soportar las que en la causa pública laboramos, me han querido ofender llamándome Fanática o Sectaria he experimentado inmenso regocijo. Creo que se necesita ser fanático para no ser mezquino. El fanatismo supone convencimiento, amor, decisión, pasión, vida. Todo enamorado de un ideal ha de ser fanático, sectario. Como yo lo soy.

Pero este santo fanatismo no es intransigente ni con las personas ni con las ideas sino conmigo misma. El que lleva sólo en su conciencia todo su código moral y el conocimiento de la magnitud de sus deberes, está obligado a mayor austeridad, a exponer sus pensamientos lealmente, a caminar sin fingimientos, en línea recta... (Aunque la línea recta no es en la vida como en las matemáticas el camino más corto para llegar a un punto). Así es que como todos tenemos la obligación de respetar la casa en donde se nos acoge, plegándonos a sus ideas y gustos, yo, que no puedo mentir ni decir lo contrario de lo que siento, no puedo entrar más que en aquellas casas de amplias ventanas y gran biblioteca, donde no se teme a ninguna idea y todo puede discutirse a pleno sol.

Después de este exordio, necesario para conocernos y poder hablar íntimamente, empezaré por haceros una confidencia. No he logrado fijar aún la verdadera acepción de la palabra feminismo. La he oído emplear unas veces denominando a esas mujeres envanecidas, que se creían superiores porque aprendieron a saludar la ciencia, sin penetrar en el laberinto a cuyo fin nos espera la grande e incontestable interrogación de lo desconocido. La he oído aplicar a mujeres masculinizadas que abominan del amor y del hogar. Esas que visten sombreritos redondos, trajes sastre, sin un encaje... sin una flor... sin un perfume...

La he oído usar también simbolizando en ella la causa del progreso, de la emancipación y de la cultura de la mujer. Así es que en realidad yo no sé si soy feminista. Me da miedo un feminismo que tiende a masculinizar a la mujer, que viene acompañado de los delirios y desequilibrios de las que no supieron entender su verdadero significado; y en cambio la idea de la libertad y dignificación de nuestro sexo tiene en mí un paladín apasionado, romántico e idealista... porque nada he de pedirle que sin necesidad de estar afiliada a ningún partido no haya sabido yo conquistarme.

Mi ideal de la educación de la mujer lo he encontrado en la Nicolasa de Matrimonios Morganáticos de Max Nordau. Es el tipo ideal de la mujer moderna;

dulce y fuerte, que ama y piensa, con perfecta conciencia de sus derechos y sus deberes. Una mujer muy tierna, muy amante del hogar, algo coqueta (en la acepción de deseo de agradar), jamás masculinizada.

A primera vista parece que existe una contradicción entre todas estas cualidades; pero no es así. Todas ellas se funden en dos sentimientos naturales que no pueden ser antagónicos: el Amor y la Justicia.

Si se estudia bien nuestra naturaleza cesará el temor de que podamos masculinizarnos con la cultura, ni de que la sapiencia nos hiciera perder la graciosa femineidad que constituye tan poderoso encanto, cuando ha bastado por sí sola para sostenernos mientras carecíamos de todas otras dotes. En la escala zoológica, cuanto más se asciende, más acusan los seres la diferenciación. ¿Cómo al elevar nuestro espíritu habíamos de contravenir a esta inviolable ley biológica? Es preciso rechazar toda divagación que se aparte de la verdad científica; lo mismo las que nos declaran generosas propagadoras de la bondad y la ternura; que aquéllas que nos consideran impenetrables y enigmáticas. Hoy puede descorrerse el velo de la diosa Tanit sin miedo a la muerte; las ciencias naturales, que triunfaron de las hogueras de la Edad Media, desvanecen jeroglíficos y mitos. En ellas se encuentra la fuente de un buen estudio de la naturaleza femenina. Los fenómenos de exteriorización del pensamiento hay que buscarlos en el estudio de los órganos que lo crean. Hasta ahora se investigó en la Psicología; ahora la Biología, la Antropología y la Fisiología analizando al ser humano, investigando en las células de su cerebro, de sus nervios y de su carne, nos presentan las analogías y diferenciaciones de los sexos; las modalidades que su constitución determina en el sentir, el pensar y el querer, quedando clara y bien definida la misión que cada uno ha de desempeñar. Se ve claramente que en las misteriosas germinaciones de la existencia, ambos tenemos un papel claro y bien definido, de extraordinaria importancia, admirablemente determinado; y caen por tierra los manoseados y vulgares argumentos de la superioridad y la inferioridad entre dos mitades del género humano destinadas a complementarse en una sola misión.

Las diferencias fisiológicas son escasas y se observan fácilmente. Algunas son insignificantes; como el tener los arcos cigomáticos débiles; y lo mismo las apófisis mastoideas y estiloideas; el maxilar inferior más pequeño y suelto; las crestas o apófisis menos marcadas; los arcos superciliares poco dibujados y la mitad externa del borde orbitario superior adelgazado y cortante. Otras diferencias físicas demuestran que la Naturaleza, previsora, nos dotó para la función de la maternidad. Es mayor en nosotras el desarrollo de los ganglios que presiden la vida vegetativa y sensitiva; las caderas son más salientes, y la pelvis tiene un aumento de más de catorce milímetros en las dimensiones transversales. ¿Pero puede influir nada de esto sobre el pensamiento? No. Las diferencias en el cerebro se nos han

querido imputar como prueba de la pretendida inferioridad. Nuestro cráneo es menos algo y más prolongado, los condilos occipitales más pequeños, la cabeza más chica, el ángulo facial más abierto y la frente combada en la parte superior y recta hacia abajo. Pero el argumento del peso y tamaño del cerebro con relación a la estatura (también menor en la mujer en circunstancias normales) no resiste ya la crítica. En el misterio de los componentes y de las circunvoluciones cerebrales el mecanismo del pensamiento, dice un sabio, se realiza en lo infinitamente pequeño. Puede concebirse la idea genial en una bimillonésima de micrón (bimillonésima de una milésima de milímetro).

Descartada esta inferioridad de origen, por decirlo así, tenemos según la teoría de Moebius, que el matrimonio disminuye la potencia intelectual de la mujer. Si así fuese, ¿no le sucedería lo mismo al hombre? Tampoco esa afirmación resiste la crítica científica. Se funda en esos mitos que entronizaron la virginidad sin pensar que la maternidad es el más hermoso atributo de la mujer. Es el mito de Brunhilda que pierde su divinidad al ser esposa de Sigfrido. Mitos que cautivaron nuestra atención con la magia del arte, pero que no pueden admitirse como símbolos en la vida.

A otro mito le debemos nuestra esclavitud durante tanto siglos. Leed a San Antonio y encontraréis este párrafo: "Adán ha sido engañado por Eva y no Eva por Adán. Es justo que la mujer tenga por director al que impulsó a cometer la falta a fin de que no nos pierda por segunda vez la ligereza femenina".

¿No sería una peregrina idea, en buen derecho, que el delito del padre se castigue encarcelando al hijo?

Pues gracias a este razonamiento se nos ha negado la cultura, llevándonos a una positiva inferioridad. En las sociedades primitivas hombres y mujeres eran iguales, tanto en mentalidad como en fuerza física; y no por eso dejaban de existir el amor y la familia, aún en sus formas más rudimentarias. La diferencia ha nacido de las diversas educaciones y ejercicios. Se argumenta que no hemos producido obras de arte y de ciencia tan admirables como las de los hombres. Es cierto. Pero oíd lo que a propósito de esto dice Tarde: "Todos los descubrimientos de verdades, todos los inventos de utilidad han sido conquistados por hombres libres, los esclavos no inventaron nada", y añade: "Los ciudadanos libres deben su superioridad a las ventajas de su situación no a la superioridad de la raza".

Esto puede aplicarse a la mujer que no pudo desarrollar sus facultades en la esclavitud a que se la sometía. Y sin embargo, aún así, hemos tenido una gloria indisputable. La de inspiradoras.

¿A qué sentimiento se deben las estrofas de Dante, las armonías de Beethoven, las imágenes de Rafael y las estatuas de Miguel Ángel?

En todo trabajo de sabio, de poeta, de artista, ¿no hay siempre la visión de una cabecita, morena o rubia; de una dulce y amorosa mirada que le impulsa a conquistar el triunfo? Tristes los filósofos que no conocieron el amor femenil, ya fuera de madre o de enamorada. Ellos llorarán como Leopardi, envueltos en la amargura de su fatal pesimismo, la infelicidad del existir. Suprimid el amor y el mundo se extinguirá en las tinieblas.

Ahora bien. El amor no puede existir si ha de llamarse amor (no hablo de la atracción física) sino entre seres superiores. Hay una necesidad de las naciones y de las personas que aboga en nuestro favor.

"La felicidad del individuo está en razón directa de la suma de justicia que reine en la sociedad" ha dicho Novicow. "La historia afirma que todas las creaciones artísticas y literarias, los refinamientos de las costumbres, la floración del espíritu humano está también en razón directa del culto que se profesa a la mujer".

Demos nosotros una ligera ojeada a la historia para comprobar estos asertos: Grecia llega a su buena época cuando la mujer se alza como divinidad en sus altares; por su rudeza decaen los imperios merovingios y bizantinos; la época de la caballería y las cortes de amor es la de las grandes hazañas de nuestros caballeros; los árabes se engrandecen en aquel tiempo en que su amor a la mujer supo levantar los palacios de ensueño de la Alhambra y de Medina Zahara para convertirse luego en el pobre pueblo embrutecido que hoy conocemos cuando sus califas y sultanes dejan de componer como Alhaken II lindas trovas a los bellos ojos de una favorita.

En la actualidad mirad cuáles son las naciones más ricas: aquéllas que otorgan mayor libertad a sus mujeres; América del Norte, Alemania, Inglaterra y Suiza. Comparadlas con España, Turquía y Rusia. Esta última nos muestra un bello ejemplo; desde el siglo XVII en que se abolió la esclavitud femenina su progreso adelanta rápidamente.

Es el progreso el que ha de imponer la justicia. Mr. Ostrogaski dice: "Después de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, la declaración de los derechos de la mujer viene como consecuencia lógica".

Si vemos en conjunto el estado de Europa en los pueblos antiguos observaremos el desarrollo de esa idea de justicia que se impone. El verdadero progreso está, no en los inventos, sino en la Ética de los pueblos. La humanidad se perfecciona, es indudable. Se rechaza la violencia y la crueldad; en las guerras no son ya las ciudades botín del vencedor, las leyes garantizan las vidas, la hacienda y la conciencia de los ciudadanos. España se avergüenza cuando oye hablar de la Inquisición; Francia quiere borrar de su historia los tormentos; Venecia no enseña

ya al viajero sus plomos y sus pozos y ha destruido aquella boca di leone que acogía la delación y las calumnias anónimas y cobardes.

La libertad de la mujer es uno de los eslabones de la inmensa cadena que va desde el salvajismo a la civilización. Privarla de todos sus derechos es no declarar emancipada a la mitad del género humano; el sufrimiento suyo restará la suma de felicidad que debe desarrollarse en la sociedad a la par que la idea de su esclavitud nos repugna. Vemos, pues, que todas las ideas de progreso, amor y felicidad son como afluentes de un gran río, cuyo curso no puede detenerse ni remontarse. El nos llevará hasta el océano de la igualdad y de la justicia.

Expuestas estas ideas generales, particularicemos examinando nuestra situación.

El problema de la libertad de la mujer, queda demostrado que es sólo de educación. Por desgracia en España tenemos mucho que hacer ambos sexos. Hace diez años que gané por oposición una cátedra de Escuela Normal... Esto quiere decir que conozco la insuficiencia de dichos centros, donde en vez de explicar para formar maestros se enseñan las asignaturas que debieran saber al llegar allí. El arte de enseñar a enseñar apenas existe; pomposamente llamamos Pedagogía a los conocimientos rutinarios que poseemos... Lo escaso y mísero de las escuelas españolas lo sabéis todos. Lo único raro es que se sepa y se tolere; que no se alce el pueblo en masa, pidiendo escuelas como los hambrientos piden pan. Que una nación se deje morir de ignorancia como un pobre hombre fuerte y joven se dejó morir de hambre hace pocos días en las calles de Madrid; donde están los escaparates de Lardy y de Turnie. Las pensiones al extranjero sirven de poco. Yo tuve una y al volver, en vez de ser escuchada por el infausto Rodríguez San Pedro, sufrí persecuciones sin cuento, por el delito de decir estas cosas que apunto y algunas más que callo.

Los conservadores (designo con este nombre a todos los enemigos del progreso y con el de liberales a todos los partidos de la izquierda) no quieren la educación de la mujer. Son los representantes de aquel espíritu de Fernando VII que se complacía en oír gritar al pueblo que arrastraba su carro: "¡Vivan las cadenas!". Novicow pone en boca de los conservadores estas palabras: "Es inútil instruir a las hijas. Saber mucho no les es necesario. Deben tener un papel subordinado y obedecer dócilmente a sus maridos. Si se les meten muchas ideas en la cabeza se vuelven amantes de la libertad y enemigas de la familia". Esto es falso. La mujer, cuanto más sólidamente instruida, es más amante del hogar y de la familia. Lo que hay es que aquí oscilamos entre los dos polos: o ignorantes, o marisabidillas. Precisamente, la educación de la mujer en el extranjero tiene una tendencia a formar la buena directora de la casa, la educadora del hijo, la compañera del esposo.

Un buen sistema de educación debe empezar por la coeducación. Entre nosotros apenas existe, separados desde la infancia los dos sexos, la mujer no ejerce la influencia de su dulce carácter, ni el hombre la de su firmeza y decisión. No se compenetran, no se conocen nunca bien. Después de una sólida educación en común los que se dedican a carreras o artes deben ir a las escuelas especiales, las que sólo al cuidado de sus asuntos propios se hayan de dedicar tienen las escuelas de menaje.

Quisiera tener tiempo bastante para poder hablaros de estas escuelas casi desconocidas en España. Una ligera reseña os hará conocer su importancia.

En Alemania la emperatriz Federica fundó la primera escuela de cocina Pestelozzi–Froebel para las hijas del pueblo; en la actualidad cuenta con 155 escuelas de menaje que preparan a las jóvenes para los deberes de futuras dueñas de casa y madres de familia. Misión importante, puesto que las estadísticas dan un 80 por 100 de jóvenes que se casan sin cultura ni educación práctica.

Esta clase de escuelas se multiplica en Prusia, en Sajonia, en el Gran Ducado de Baden, en Dinamarca, en Austria y en Hungría; se multiplican tanto que se extienden por el campo. Se enseña a las hijas de los colonos la agricultura, la higiene, la economía doméstica, la cocina y la costura. Sólo en el pequeño territorio de Hungría existen 50 escuelas que enseñan a las mujeres a hacer el pan, el jabón, las conservas, el cuidado de los niños y el modo de establecer y desarrollar una multitud de pequeñas industrias unidas a la agricultura.

En 1886 el gobierno belga deseoso de mejorar la suerte de los obreros, formó una Comisión del Trabajo y abrió una amplia encuesta, que señaló como causa principal de su mala situación la carencia de orden y economía en el hogar y la ignorancia e incapacidad de las mujeres.

Inglaterra es la nación en donde más abundan las Escuelas del Hogar. Son numerosas en Irlanda, País de Gales y todo el territorio del Reino Unido. En Londres cuenta con un establecimiento magnífico y entre sus alumnas han figurado todas las princesas hijas de Eduardo VII.

En Holanda desde 1888 en que se fundó la primera escuela de esta clase, existen ya 21. Luxemburgo, con una población de 250.000 habitantes, tiene 15. Noruega, 14; Suecia, 130; y Suiza es el verdadero emporio de ellas, así como la maestra en todo sistema de enseñar. "Nosotros queremos, dicen los suizos, formar a la mujer para la familia, porque la familia bien establecida es la base moral, intelectual y física de la sociedad. Nuestro programa corresponde a las necesidades y deseos de nuestro pueblo".

La misma tendencia se nota en Italia y Francia. No quiero cansaros con más larga reseña. Sólo os diré que los programas de estas escuelas comprenden la cocina, la higiene, lavado, plancha y confección y compostura de ropa, sombreros, etc. Cuanto una mujer necesita saber en la vida práctica; y al lado de esto, la pedagogía para guiar y educar al niño; la historia natural, la física y la química, sin la cual la higiene y la teoría de la alimentación serían vanas; los cuidados que reclama la asistencia a ancianos, heridos y enfermos; el derecho y la contabilidad, para resolver sus asuntos y administrar sus bienes; el idioma, la estética, la historia; todas las ciencias que necesita comunicar a sus hijos.

¿Veis, señoras, el cuadro? No es que todas las mujeres hayan de trabajar y tener carreras, es que todas tendrán estos conocimientos que hoy sólo cultivan las que se dedican al Magisterio. Seréis todas maestras. Pero para cuidar sólo de vuestros hijos; para tener un hogar feliz; para serlo vosotras mismas con la intensidad de vida que la cultura os aporte; y si algún día la desgracia os obliga a trabajar, seréis aptas para poder hacerlo y no sufrir la humillación de la mendicidad.

El bienestar y la educación de la mujer como antes he dicho, es el mejor factor del engrandecimiento de los pueblos. Educadas, podremos luchar contra la tuberculosis y el alcoholismo. Será imposible destruirlos sin el auxilio poderoso de la familia. Es la labor paciente de todas las madres, la que ha de modelar el espíritu de las generaciones venideras. La célebre frase de Pasteur a los colonos del Mediodía de Francia consternados por la pérdida de los gusanos de seda: "Salvemos la semilla", es parodia al tratarse de los destinos de la humanidad. Si queréis esa España, ensueño de Costa, salvad la semilla, "salvad al niño". Eso no puede hacerlo nadie más que la madre.

Qué delicia para el hombre el compañerismo de la mujer. Todos necesitamos confesarnos, contar a otros las aspiraciones de nuestra alma. ¿Quién mejor que la mujer abnegada y casta que hicisteis depositaria de vuestro amor?

Se puede decir que hombres y mujeres permanecemos en la nada hasta el momento de reunirnos. Es indescriptible la capacidad que nos da nuestra colaboración. Unidos fatalmente para completarnos, nuestra desviación es la inercia para ambos. El libro leído juntos multiplica sus páginas y sus notas luminares; se acrece. Si describe un bosque, el bosque se hace más amplio, el mar más extenso, el horizonte ilimitado. Si habla del ideal, juntos nuestra ternura y nuestro pensamiento, parece que se nos hace más asequible. Unos a otros nos prestamos fuerza. Solos, no formaríamos ese todo tan complejo y tan entero, necesario a la vida y al arte.

Pero, ¿cómo se educa aquí a la mujer? Ya os he hablado de los centros oficiales. La iniciativa privada está muerta. Se espera todo del continuo tejer y destejer

de los gobiernos, que nada pueden hacer porque carecen de independencia. Pensamos que son la panacea de todo... Quizás porque no sirven para nada... como el ungüento amarillo. Pero aún nos queda otra plaga: la educación de los conventos.

En el siglo XVIII los conventos eran un asilo de las segundonas de familias linajudas que no hallaban un buen partido y vivían en el claustro alcanzando posición e influencia. Después de la aurora de luz de la Revolución Francesa, la aristocracia, herida de muerte, fue dejando poco a poco sus prestigios, los blasonados palacios se alquilaron para fondas y almacenes y los conventos, perdido su carácter primitivo, se dedicaron a explotar las industrias y la enseñanza.

Vosotros que supisteis no dejar entrar en El Sitio a los hombres, y luchasteis como leones de España contra la tiranía, no dejéis que entren arteramente las ideas y os esclavicen. Mirad que pesa más la cadena que se remacha en el espíritu que los eslabones de hierro con que se sujeta al presidiario.

Sois herederos de un cuantioso legado, pero no os hace dignos de él, sólo el hecho de haber nacido en la casa solariega. La historia no es un título de sucesión si no se merece. A veces la abulia de un pueblo borra toda su historia.

Veamos ahora la organización de la familia.

Esta sufre una evolución bastante pronunciada. En los pueblos antiguos se organizaba desde el punto de vista político y religioso; ahora ya no puede dejar de verse la necesidad económica, la idea de asociación se propaga con fuerza extraordinaria y a ella debe ir unida la libertad de poder rescindir el contrato matrimonial. El matrimonio civil y el divorcio son necesarios a la libertad de la mujer.

El hombre que no es feliz en su hogar huye de él y se crea otros lazos con la tolerancia de la sociedad; la mujer tiene que aceptar el papel de mártir sin preguntarle si tiene fuerza para ello.

Se me ha creído una enemiga sistemática del matrimonio. Nada de eso. Es tanto lo que significa para mí la santidad de la unión de los seres que han de formar el hogar y la familia que no quisiera que se uniesen más que por amor y estimación mutua. Un matrimonio que no esclavice a las personas, sino que una las almas.

Por eso quiero a la mujer independiente, para que no se case por necesidad; para que tenga derecho a elegir, para que sea consciente de sus actos. Y si aún así la vida convenciera a los cónyuges de la infelicidad que les espera unidos, que las leyes permitan la separación, el divorcio, el que los equivocados puedan formar un hogar nuevo.

Admitido esto, tenemos quitado todo el cortejo de engaños, adulterio y deshonor de la sociedad moderna.

El matrimonio pasó por muchas fases antes de llegar a la monogamia. Todas aquellas fases tuvieron leyes que las sancionaron, todas se fundaban en sentimientos naturales. Las leyes han mudado, pero como la naturaleza no muda, siguen imperando la poliandria y la poligamia de un modo disfrazado. Lo que antes era admitido como legal hoy constituye deshonor.

Nada sería más idealmente bello que el amor eterno, la unión de un solo hombre y una sola mujer. ¡Un anticipo de la gloria de los creyentes!

Si pudiera decírsele al corazón ama, la felicidad estaría asegurada. Las tragedias provienen del abismo que existe entre la naturaleza y lo convencional. Si el corazón puede amar más de una vez y a más de una sola persona, que las leyes previsoras no condenen a que el matrimonio sea indisoluble. Dos personas que no se aman, unidas eternamente, acabarán por odiarse. Los hermanos Siameses se aborrecían, estando unidos a un mismo cuerpo sus vidas y mezcladas sus sangres.

No quiero hablar del amor libre, principio tan sencillo ante natura como aterrador en nuestras costumbres.

Pero al menos (y paso sobre este asunto como sobre ascuas) que código y costumbres aseguren el respeto a toda maternidad. Cuando leo en los periódicos infanticidios cometidos por madres solteras, por un sentimiento de vergüenza, experimento una gran compasión. ¿Acaso sin nuestras preocupaciones no pasarían las cosas de un modo distinto? Pensemos que la maternidad ha borrado todas las culpas.

Quizás aquella criatura que viene al mundo, como todas, con la completa ignorancia de su nacimiento, sin el estigma que la sociedad pone en la frente podría ser un genio... aún así mismo puede serlo... Todo ser que entra en la vida es igualmente respetable.

Debemos ser severas e intransigentes sólo con nosotras mismas. Piadosas con las faltas de los demás.

Bernard Shaw dice: "Dios nos libre de un mundo donde todos quisieran obrar rectamente sin consideración ninguna".

Y Alejandro Dumas dijo: "La moral evangélica es una gran cosa, ¡pero nos atormentan tanto el hambre y la miseria!".

Señoras, en nombre de la misma moral, seamos tolerantes con las desgraciadas, que tal vez faltaron porque la sociedad las desamparó.

Pero me aparto de mi tema, veamos el Código civil en qué situación nos coloca dentro de la familia.

No tenemos en ella las mismas prerrogativas que el marido. Nuestros hijos se acostumbran a vernos como inferiores. ¿Qué extraño es que luego vejen a las otras mujeres y no sepan respetarlas? ¿Qué extraño es que sean banales y caprichosos si se educaron entre la injusticia y la desigualdad?

El Código dice: "El marido debe protección a la mujer; la mujer obediencia al marido".

Con este concepto el marido es dueño; puede elegir el lugar de su domicilio. La mujer está obligada a seguirlo a todas partes, excepto al extranjero.

Ella no tiene la plenitud de la capacidad jurídica para el código. No puede, cuando es casada, vender, hipotecar, obligarse, ni recibir donaciones sino subordinándose a la autoridad del marido. Sólo se la concede el derecho de testar y revocar las donaciones hechas al marido durante el matrimonio. La administración de bienes casi siempre corresponde al esposo, él puede disipar las rentas y el producto del trabajo. Le pertenece hasta la propiedad literaria de las obras de su esposa.

El dominio de los hijos pertenece al padre; él decide la educación que les da, la religión que les inculca, les concede permiso para tomar estado; y si la mujer no está de acuerdo, el criterio del hombre es el que triunfa. En caso de separación los hijos de ambos sexos, mayores de tres años, corresponden al padre, salvo el caso de que se pruebe su culpabilidad y la inocencia de la esposa. ¡Es tan difícil de probar la culpabilidad de un hombre! El código llama a su falta infidelidad y adulterio a la de la esposa. El puede matarla impunemente... ella ha de resignarse y llorar.

Si muere el marido ejerce, sí, la patria potestad sobre sus hijos, pero la pierde por completo al contraer nuevas nupcias a no ser que el marido, antes de morir, la hiciera gracia de poder conservar la patria potestad sobre los hijos comunes.

También se la excluye del jurado. Ambas cosas afectan a nuestra honra y dignidad. La equidad más elemental exige que entraran en los jurados igual número de hombres que de mujeres, para garantizar la imparcialidad de las influencias de sexo, sobre todo en las causas de crímenes pasionales.

Los que argumentan haciendo parecer ridículo que la mujer suspendiera un juicio para amamantar a un pequeñuelo no piensan en que también lo suspenden los hombres para fumar en el descanso un cigarrillo.

Para que la desigualdad sea más ominosa, el código penal nos iguala al hombre en responsabilidades y penas. ¿Por qué si se nos considera incapaces de discernir como ellos, si se nos considera débiles, no se nos juzga menos responsables? Se sostiene la teoría de que el ser incapaz de gobernarse por sí mismo en la vida es consciente sólo para el mal.

Mientras no se nos eduque de otro modo, una tierna piedad debe seguir los pasos de la mujer delincuente. Nuestro organismo está sujeto a alteraciones y desequilibrios que se han exagerado para las leyes civiles y no se toman en cuenta en la ley penal.

No somos seres amorales, lo dicen bien claro las estadísticas de la criminalidad. Cometemos más crímenes pasionales y por ignorancia, que por crueldad y avaricia. Lo mismo ocurre con el suicidio; mientras muchos hombres dejan la vida cansados de las dificultades de la lucha material, la mujer sólo llega al suicidio por dolores del corazón, por pasión, por abandono del que ama.

Es una injusticia negar a las mujeres, que tienen aptitudes para ello, el derecho de ejercer todos los cargos. Decid por ejemplo a Jorge Sand: "Usted tiene que cuidar la casa, que su marido escriba los libros". ¿No sería un absurdo si la naturaleza la dotó a ella de un talento que a él le había negado? Cuando se admira una obra de arte, ¿preguntamos si el autor tuvo o no hijos? ¿Por qué se ha de preguntar el sexo?

Algunos creen que la mujer abandona a los hijos al dedicarse al trabajo. Olvidan sin duda a las madres viudas que han de ganarse el sustento. ¿Es más moral que carezcan de medios para sostenerlos y educarlos? ¿Están menos abandonados en esos asilos en los que la miseria les hace depositarlos y con los cuales las sociedades modernas han querido ocultar la vergüenza de que cada uno no tenga su casa creando la casa para todos?

Estas limitaciones no se ciñen sólo a las carreras y a las artes liberales. La injusticia y la desigualdad siguen a la mujer en el trabajo, en la fábrica, en el taller. Se abusa de su debilidad de mil modos indignos. Se trata de cerrarle la puerta alegando que abarata los jornales.

Un periódico ruso refería un caso característico de la injusticia que con el trabajo femenino se comete. Oídlo: "Una joven, vestida de hombre, había trabajado durante muchos años en una fábrica. Al fin, un día se descubrió el engaño, y preguntada por qué usó aquel disfraz, repuso: Es muy sencillo. Con faldas me hubieran pagado 30 copeckes (0,80), vestida de hombre gano un rublo (cerca de 3 pesetas). Soy pobre y sola. La diferencia era para mí una fortuna". La moraleja es fácil de hallar y nos muestra la preocupación de considerarse inferior nuestro trabajo, puesto que durante tantos años la labor de aquella mujer, no había sido inferior a la de sus compañeros.

La lógica no sale bien parada en muchos casos. Se nos declara incapaces de ser concejales, diputados y ministros, y en cambio aptas para gobernar un estado como reinas o regentes. "Las incapaces de regir la parte pueden regir el todo", dice Novicow, y añade: "Una mujer tiene derecho a ser ministro si tiene la capacidad

necesaria, del mismo modo que tiene derecho a ser maestra de escuela". Es verdaderamente absurdo que tengan derecho a emitir el sufragio los ignorantes sólo por ser hombres, y que se niegue ese derecho a las mujeres cultas sólo por ser mujeres.

Entre nosotras no se agita aún la idea de reclamar los derechos políticos, tal vez porque no comprendemos toda la importancia y porque nos repugna la farándula, recordando la frase de la célebre escritora francesa: "Cuando la manzana está podrida es mejor no hincar el diente en ella".

Y sin embargo eso mismo nos obliga a no ser indiferentes en una cosa que puede mejorar la situación de nuestra patria, o mejor dicho, de nuestros semejantes. No debe sernos indiferente el modo de hacer las leyes que nos afectan y a las cuales están sujetos los que amamos. No podemos ignorar las ciencias políticas si hemos de educar en ellas a nuestros hijos para que sean ciudadanos honrados y libres. Naturalmente que sólo la mujer ilustrada debe tener derecho al sufragio, no íbamos a ir a engrosar las filas de los que en cada elección andan a tiros por las calles y cometen todas las inmoralidades. Sería electora sólo la mujer culta; pero sólo también los hombres en idénticas condiciones.

Téngase en cuenta que el no intervenir directamente en la política no evita el que se nos dé una parte de culpa en las vicisitudes de un estado. Muchas mujeres presentan la papeleta de voto al marido como Eva presentó la manzana a Adán: inducida por la serpiente.

Madame de Mentenon decía que en las naciones regidas por monarcas gobernaban las mujeres y en las regidas por soberanas los hombres. Esto es cierto, señoras. No se puede negar nuestra influencia. Nosotros enseñamos al niño y abrimos al amor el corazón del hombre. Es preciso no ser inferiores a él en el pensamiento.

La conquista de los derechos políticos gana terreno en todas las naciones. Las elecciones locales y los cargos municipales son ya puntos conquistados en todos los países anglosajones y eslavos y en algunos latinos; hasta en Francia misma (país más retrógrado, desde este punto de vista). En los Estados Unidos tienen las mujeres el derecho del sufragio que el Estado de Wyoming, fue el primero en proclamar en 1868. También existe en Oceanía. En Europa, es Inglaterra la que marcha a la cabeza del movimiento sufragista, admitido ya en principio por la Cámara de los Comunes.

No hablo de los derechos militares y del derecho al sacerdocio, porque son dos cosas que yo no quisiera ni para los hombres...

La mujer culta ha de sentir todo el idealismo, elevando su corazón a lo suprasensible sin intermediarios... Debemos borrar la idea de división entre los humanos, donde hay un cerebro que piensa y un corazón que ama, tenemos un hermano; donde existe un pedazo de tierra que nos ofrece el fruto de su seno, el hombre está en su patria.

Nuestro programa aboliría las guerras. Educaríamos a nuestros hijos como esos Doukhobors de que nos habla Tolstoi, como los educaban los primeros cristianos en Alejandría. Para que supieran morir con las manos puras. ¿Qué falta le haría la guerra a una sociedad en que dominase la razón? Hacia ella marchamos. No es utopía de mujer que ofuscada por la compasión padece la miopía intelectual que nos atribuye H. Spencer. Es más bien intuición de mujer que se hace vidente en su panteísmo.

Yo he visto la guerra. Fui a Melilla en momentos que España sufría. No era rica para ofrecer sin molestarme desde mi gabinete un puñado de oro que tranquilizase mi espíritu, pensando que había cumplido mi misión al oír los gemidos dolorosos. Hice, por el mismo egoísmo, el sacrificio de mi tranquilidad. Las madres llorando pedían a "Heraldo de Madrid" noticias de sus hijos, de los pobres soldados anónimos cuyos nombres no transmite el telégrafo. Yo fui a buscar esas noticias.

Qué angustia tan inmensa me daban los lamentos de las madres. Conservo como reliquias sus cartas de súplica y bendición (una se volvió loca al saber la noticia de la muerte de su hijo). Yo amaba a todos aquellos soldados con ternura inmensa, los unía en un solo amor, en una amplia maternidad de dolor por todos. ¡Los amaba con todas las que lloraban por ellos!

He visto el horror de la batalla, del campamento, del hospital. ¿Sabéis lo que más me aterró? Sentir que me llegaba el odio al corazón (yo que no lo había sentido jamás) y comprender que podía llegar la anestesia ante el sufrimiento.

Saqué de la campaña una enseñanza útil, de vida... he tenido el honor de que no se me dé ninguna cruz ni recompensa... y aquel odio que germinó un día como planta maldita en mi corazón, arraiga hoy en él... pero sólo contra la guerra. El odio es tan abyecto que se vuelve contra la madre que lo engendró.

Termino. He querido deciros que la mujer puede serlo todo. Ahora desearía convenceros de que sabrá renunciar a todo, porque en su naturaleza se enseñoreará siempre el amor. No dejará jamás de ser la madre. ¿Qué mayor grandeza? ¡Grande es el sabio, grande es el artista, grande es el poeta, pero no hay nada más grande que la flor de pasión que rompe sus entrañas para perpetuar la humanidad! ¡Nada más grande que la Madre!

Nuestra obra, señoras, es obra de colaboración, obra de siglos. No importa que no veamos el triunfo, sabiendo que ha de llegar. Es igual que sea para nosotros o para los venideros. Todos somos siempre los mismos. Las rosas no son más que las rosas aunque florezcan todas las primaveras y en todos los rosales. La humanidad es también una sola. ¡Es el enjambre de doradas abejas que se confunde en el eterno laborar de la olorosa miel!